

La triste historia del tótem de Canadá en Buenos Aires



Daniel Schávelzon

Centro de Arqueología Urbana, Universidad de Buenos Aires, Argentina
danielschav@gmail.com
Orcid 0000000298202748

Resumen

El gobierno de Canadá obsequió en 1961 a la ciudad de Buenos Aires un tótem hecho por una comunidad indígena, la que trabajó tres años en tallarlo. Medía más de 21 metros de altura y fue puesto en la plaza que lleva el nombre ese país. Con el tótem venía un *Manual de mantenimiento*. En 2008 una parte menor cayó desde lo alto, por lo que los funcionarios de turno decidieron cortarlo desde la base. Los fragmentos fueron al organismo dedicado a los monumentos, donde, al parecer, para impedir la restauración que exigían diversos grupos interesados, fue lavado con ácido para quitarle el color y deteriorarlo. Los fragmentos siguieron abandonados hasta ir desapareciendo. Las críticas llevaron a que se le pidiera uno nuevo a Canadá, quienes con disgusto hicieron otro de mitad de tamaño, el que fue colocado pero que nuevamente presenta problemas y deterioros.

The Sad History of the Canada Totem at Buenos Aires

Abstract

In 1961, the government of Canada gift to the city of Buenos Aires a Totem pole made by an indigenous community, which worked three years to carve it. It measured more than 21 meters high and was placed in the square that bears the name of that country. A *Maintenance Manual* came with the totem. In 2008, a smaller part fell from above, so the officials on duty decided to cut it from the base. The fragments went to the office dedicated to monuments, where it was apparently washed with acid to remove the color and deteriorate it to prevent the restoration that various interested groups demanded. The fragments remained abandoned. The criticism led to a new one being requested from Canada, who with displeasure made another half-sized one, which was installed, but which again presents problems of conservation.

Presentación

La plaza Canadá frente a la estación Retiro tiene un tótem en su centro. Es un ícono urbano y a la vez una obra significativa obsequiada por un país del continente, con un alto contenido espiritual para la comunidad indígena que aun los talla en enormes troncos de madera. Pero parecería que no todos han estado de acuerdo: Jorge Luis Borges y María Kodama, en 1984, criticaron el hecho de que se obsequiara una «sombra de la sombra de una sombra» (Borges y Kodama 1984, p. 37). Lo consideraban una figura «bárbara» por ser indígena, y en una actitud de superioridad europeizante decían: «Un gobierno sudamericano no se atrevería (...) a regalar una imagen de una divinidad anónima y tosca». Es decir, nosotros —que supuestamente somos todos blancos, cristianos, cultos y europeos—, jamás obsequiaríamos un objeto indígena como lo es «un tótem que oscuramente exige mitologías, tribus, *incantaciones* y acaso sacrificios». Era su forma despectiva de pensar al otro, a una lejana sociedad originaria de las costas de Canadá que conserva sus tradiciones, arte, mitos y leyendas. Lo consideraban algo alejado de su propia raigambre a la que sí idolatraban, inmersos en una aversión a lo indígena (Planells 1992). No aceptaban que era similar a como otros —o ellos mismos— conservan su religión o su genealogía con el paso de los siglos ya que ese era el tema central del tótem. Éste no era mitológico, era heráldico, como el escudo de armas de cualquier familia noble europea. Para Borges el orgullo era algo que se sentía por los antepasados de uno, pero no de otros. Pero lo que nos interesa destacar es que se trataba de un ícono urbano de excepcional valor cultural, aunque quizás esas líneas de incompreensión borgeana parecen predestinar el futuro.

La historia del primer tótem

Durante la intendencia municipal del arquitecto Alberto Prebisch, en 1961, se inauguró una plaza frente a las estaciones de ferrocarril de Retiro, a la que se le puso el nombre de República del Canadá. Era un viejo proyecto de más de tres décadas hecho por Carlos Thays. Continuaba la línea de la plaza San Martín quedando detrás de la plaza que tiene el Monumento de los Ingleses. En esa ocasión el embajador de Canadá decidió ofrecerle a la ciudad un monumento significativo que lo representaba: un tótem de madera tallado por una comunidad indígena. Era un gesto notable y de algo de incalculable valor histórico, simbólico, cultural y material. En esto estaban comprometidos el gobierno de la ciudad y el nacional, al ser también un tema del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El tótem demoró en ser hecho y trasladado dadas sus enormes dimensiones, llegando en 1965; medía 21 metros de altura además de los 1.50 metros que se empotraban en el piso, su base medía un metro de ancho. Era una enorme y estilizada escultura de cuatro toneladas hecha con madera de cedro rojo, árbol que sólo se encuentra en esas dimensiones en esa isla de Canadá. Tan recto y elegido fue el árbol original que en la parte superior se reducía solamente a 60 centímetros. Rompían la vertical una enorme nariz que se prolongaba desde el rostro de un ave y dos alas que lo hacían más arriba. Ver las fotos nos apabulla ya que su altura equivale a un edificio de siete pisos. En su momento casi alcanzaba al edificio de Tribunales de Comodoro Py en sus cercanías. La enorme estación del tren Mitre que lo enfrenta tiene dos metros más de altura. [Figura 1]

Fue tallado por un escultor de la comunidad étnica Kwakiutl de la isla de Vancouver y representaba al clan Geeksem local y el motivo elegido era la genealogía de su jefe. El autor fue Henry Hunt con la ayuda de su comunidad, un pueblo de 300 habitantes para quienes una obra como ésta tiene importancia. La tiene tanto por ser reconocidos en su arte e historia, les significa un ingreso económico y de esa manera conservan la antigua tradición. Les llevó seis meses de trabajo. Era, para nuestro país, un regalo

excepcional que además tenía la virtud de poder estar al aire libre —si se lo mantenía como correspondía— y no dentro de un museo que es lo habitual en el mundo.

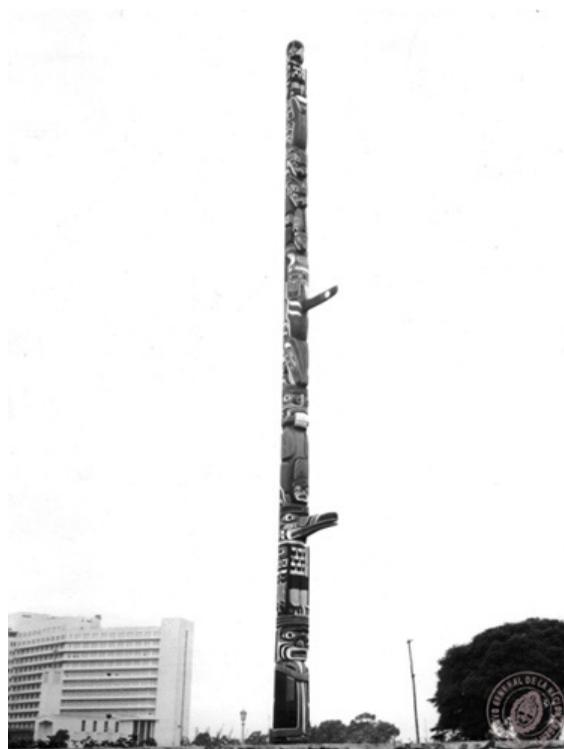


Figura 1. El tótem original de 21 metros de altura colocado en 1965 (Archivo General de la Nación)

Por mucho tiempo fue un atractivo cultural y turístico. Fue financiado por el Museo Provincial de Columbia Británica y lo hicieron en la zona isleña de Fort Rupert, con sus enormes y excepcionales árboles. Se lo talló entendiendo que no era un elemento decorativo, sino que poseía un valor significativo para el grupo social y para su país. Lo que se estaba por colocar en una plaza porteña era algo importante para quienes lo obsequiaban como agradecimiento; no era algo que se hiciera en serie. Además, era una verdadera obra de arte.

En 1965 fue recibido por el intendente Francisco Rabanal durante el gobierno de Arturo Illia, y su traslado fue un acontecimiento en la ciudad dada la magnitud de la pieza (Anónimo, 1965). La talla representaba motivos tradicionales del clan e incluía los animales totémicos de su genealogía: una nutria, un lobo marino, un águila, una ballena, un castor, un ave y un rostro con nariz marcada que señalaba al jefe de la tribu.

Como correspondía, el gobierno de Canadá entregó un *Manual de mantenimiento* el cual pasó a la dependencia municipal correspondiente: Monumentos y Obras de Arte (GCBA) (MOA s/f). Se indicaba que cada cinco años había que hacerle tareas de conservación —era de madera y estaba a la intemperie—, incluyendo colocarle un producto fungicida y el repintado de toda la estructura cubriendo los poros que se podían haber abierto, o los deterioros posibles de producirse por la acción natural. Obviamente jamás se hizo nada al respecto y el *Manual* quedó guardado sin que a nadie le importase. O al menos lo estaba hasta hace unos años.

El desastre de la ineficacia

Durante el inicio del año 2008, producto de medio siglo de inacción de mantenimiento y de la intemperie, se cayó la nariz y parte del rostro de la figura del medio. Era una parte saliente y por lo tanto lo más débil del conjunto por ser asimétrico en su peso, lo que más mantenimiento y control debió de haber tenido. Esa caída levantó quejas en los medios de comunicación, entre los vecinos y las entidades patrimoniales, no solo por el riesgo para las personas sino por el deterioro de una pieza de excepcional valor cultural.¹

Dio la casualidad de que poco después de la caída pasó por el lugar un recolector urbano («cartonero») que entendió lo que era, que había quedado abandonado, y que eso tenía valor: juntó la nariz, los otros fragmentos y se los vendió a un coleccionista y comerciante de antigüedades. Éste a su vez lo ofreció al gobierno de la ciudad sin costo para ser recolocado.²

Como era de suponer el escándalo creció, surgieron críticas por doquier, a lo que se sumó que los responsables en el gobierno no tenían ni idea de qué hacer, pero no consultaron a los especialistas. En cambio, los empleados de la dependencia que le tocaba el tema dijeron lo que les convenía, que era hacer lo mínimo posible, es decir que se lo cortara y se terminara el tema. El ministro de cultura de la ciudad era Hernán Lombardi quien sí tenía expertos en la materia, en particular en la Dirección General de Patrimonio, donde se planteó la restauración del tótem aceptando la donación de lo caído. De ahí que la respuesta oficial fuera que el tótem sería «removido» de su sitio para su restauración: «La restauración será pública para despertar la conciencia sobre la preservación de nuestro patrimonio» (Anónimo 2008a y Anónimo 2008b). Pero las opiniones diferentes generaban un conflicto entre dependencias del gobierno, las que serían una de las causas del desastre final, pero básicamente no había quién lo hiciera. Para eso había que contratar especialistas y no dejarlo en manos de empleados públicos no calificados. El gobierno nacional ni siquiera dio un comunicado, le dejó el problema a la ciudad.

Más allá de los dichos, en un primer momento se supuso que «removerlo» implicaba hacer lo que decía el *Manual*: bajarlo para trabajar horizontalmente, no serrucharlo. Había que consolidarlo y restaurar la parte deteriorada reponiendo los fragmentos caídos y retocar la pintura. Si no se lo había mantenido hasta ese momento ésa era la oportunidad de hacer lo necesario para que el monumento siguiera con su vida natural.

Obviamente, al saberse la verdad de la destrucción, el tema quiso ser politizado, echarle la culpa al gobierno de turno, pero cabe recordar que desde que fue colocado hasta que se cayó nadie lo mantuvo y que en el estado nacional pasaron siete dictaduras, cuatro presidentes peronistas (incluyendo a Perón) y doce gobiernos democráticos incluyendo los Kirchner. La variedad en el poder en el gobierno de la ciudad no fue diferente y a alguno le debía tocar el problema. No era un tema de política sino de ineficacia e insensibilidad ante lo que representaba a otros. Y de resolverlo lo antes posible.

La destrucción del primer tótem

La realidad fue que para terminar lo que ya se consideraba un problema sobre el que no sabían qué hacer, se decidió cortar el tótem con una motosierra, dejándolo caer. Y para que no se viera el desastre se lo tapó con una enorme carpa, la que durante semanas cubrió el estropicio. Mientras tanto se seguía hablando en los medios de restaurar, conservar, reparar, usando cualquier palabra menos la verdadera: destruir. El final fue

1. Cfr. Basta de demoler (2010). El triste destino del Tótem de Plaza Canadá. Buenos Aires. <https://bastadedemoler.org/el-totem-de-la-plaza-canada-2/>

2. Entrevista con Eduardo Janeir 7-9-2011.

que se lo cortó en fragmentos para que un camión pudiera trasladarlos al patio del MOA en Palermo, en donde quedaron abandonados.

Otro factor que ayudó a la toma de la decisión fatal fue que quien compró la madera caída estaba en conflictos legales con el Estado nacional, lo que generó presión desde el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano para que no se hiciera ninguna tratativa con dicha persona, ni siquiera para aceptar la donación. Puede parecer absurdo que quienes debieron reconocer el valor del tótem por ser antropólogos, apoyaron su destrucción. Fue una situación absurda con la que se perdió la posibilidad de recuperar las piezas caídas, al margen de cualquier otro problema legal que hubiera. Mezclaron las cosas, lo politizaron y perdimos todos. O quizás si se hubieran recobrado hubieran terminado también con el resto.

Finalmente quedó en evidencia que la madera estaba en excelente estado, tal como lo muestran las fotos en la denuncia hecha en ese momento (Magadán 2010). Nada había afectado la estructura interna de la madera, sino que lo que provocó el derrumbe parcial fue el peso de la asimétrica nariz con el deterioro por el viento, el sol y el agua, de lo que nunca fue protegido. Hubiera bastado con un andamio para arreglar el deterioro, pero primó la barbarie de la burocracia: fácil y rápido. Pero la memoria siguió funcionando y por varios caminos se exigió que ya que se lo había destruido que algo se hiciera al respecto [figura 2 y 3].



Figura 2. El tótem caído mostrando que conservaba los colores, las rajaduras longitudinales se produjeron en la caída al ser cortado (fotografía *La Nación*, 19 de febrero 2008)



Figura 3. El tótem en fragmentos abandonado en Palermo un año después, deslavado y con fuerte desgaste superficial, la pintura que había durado cuarenta años desapareció de repente (2010).

La primera propuesta alternativa fue que la Dirección General de Patrimonio del propio Gobierno de la Ciudad se hiciera cargo de exhibir los grandes fragmentos, puestos de pie en su patio de la calle Bolívar 735, en la Casa del Historiador (Schávelzon, 2009). La idea fue descartada porque ponía en evidencia la bestialidad con que se había actuado. Igualmente, al estar entre el pasto de Palermo era visto por quien estaba interesado;

no se pensó que podía haber sido resignificado si se lo exhibiera en un lugar histórico con un discurso adecuado. Ni hablar de que eso fuera hecho en el exterior del Museo Nacional de Bellas Artes, del Museo Etnográfico y sus jardines o donde se lo pudiera exhibir, fuese del estado nacional o de la ciudad.

Un detalle sin explicación fue el deslavado de la pintura y la velocidad del desgaste de la superficie. Si en 2008 la pintura estaba casi íntegra y en 2009 en Palermo también se la veía, al otro año no quedaban rastros. ¿Había resistido cuarenta años y se borraba en menos de dos? ¿Fue lijado y lavado intencionalmente tal como se denunció para que no se destacara entre la basura del lugar? No tenemos respuesta, pero por lo visto parece que algo sucedió para que a nadie más se le ocurriera restaurarlo.

Avergonzarse y pedir de nuevo: el segundo tótem

Finalmente se optó por pedirle un nuevo tótem a la embajada de Canadá. Resultaba ser una vergüenza internacional, pero fue asumida y el ministro viajó en marzo 2009 para resolver —nunca se supo si pagando o no—, el error cometido. Se consideraba que poniendo uno nuevo se olvidaría lo sucedido. Parecería que no fue fácil, que Canadá alegó que ya había regalado uno y que les resultaba inconcebible que por no restaurar se lo hubiera destruido, era un símbolo cultural de un pueblo que no debió ser maltratado de esa forma. Para el clan que lo talló eso era una afrenta, un verdadero insulto: alguien del propio gobierno, en ese momento, dijo —guardo el anonimato— «¿qué pensaríamos si les regalábamos una bandera argentina y ellos le prendieran fuego, y que después nos pidieran otra?»

Pero, política de por medio, se logró que se hiciera uno nuevo. Las tratativas llevaron tres años y se lo pudo hacer gracias a que el hijo de uno de los tallistas originales seguía con la tarea heredada y aceptó iniciar el trabajo, aunque se lo pagaran años después [figura 4]. Esta vez lo hizo Stanley C. Hunt, aunque después de iniciado el trabajo les llegó la noticia de que se suspendía porque Argentina no lo pagaría; igualmente continuaron, aunque no se los retribuyeran. Finalmente, el costo lo cubrió Canadá incluyendo el traslado ya que la Cancillería no quería saber nada del tema.³ Por eso los trámites, el tallado y traslado demoraron hasta el año 2012 cuando llegó a Buenos Aires un tótem de la mitad de altura, 12.50 metros, que fue colocado en el mismo sitio (Anónimo 2012). La fuente original que había tenido el primero, idea inteligente para evitar que la gente lo tocara, había sido desmantelada hacía tiempo y por eso está sobre una plataforma que permite que la base sea vandalizada. [Figura 5]

La nueva placa colocada tenía un sesgo patético: describía al «primer tótem de Buenos Aires (1964-2008)» como si fuera alguien fallecido: no hay historia, no hay responsables, antes hubo algo y ahora hay otra cosa, sin explicación de qué paso, nada importaba demasiado. El olvido todo lo puede.



Figura 4. Tallado del segundo tótem en Canadá (González Serra 2013)

3. Cfr. González Serra, F. (2013). <https://francagonzalez.wixsite.com/documentales/totempresen-tacion-de-la-histo>; <https://vimeo.com/45028988>



Figura 5. El tótem actual de 12,50 metros (2024).

La realidad actual

Pasaron los años y quien visite el lugar verá que la madera nueva ya tiene fisuras verticales, algunas profundas, que hay desgaste de la pintura, rayones y deterioros causados por la gente. Y eso sucede en la sección inferior, la visible y accesible [figura 6], ¿qué pasará en la parte superior? La facilidad del acceso a su base facilita que se lo deteriore; suponemos que la lluvia y el viento deben hacer lo suyo en la parte superior, más al no tener cuidado alguno. La placa puesta en 2012 ya está destruida.

Nadie le ha hecho mantenimiento. De todas formas, el *Manual* no aparece en donde estaba (Consultas hechas 4-6-2022 y 3-7-2023). ¿Cuánto más pasará para que este segundo tótem comience a caerse? ¿Y si alguien decide hacer fuego en la base tal como se lo hace todas las noches en la pared de enfrente? Retiro no es una zona fácil y muchas personas viven en la calle alrededor del lugar.

Parecería que en ese caso la respuesta va a ser fácil: volverle a pedir un tercero al gobierno de Canadá, el que seguramente será hecho por el nieto del primer escultor, porque ellos sí conservan sus tradiciones.



Figura 6. Estado actual de la base del tótem: vandalismo y fisuras en la base (2024)

Referencias

- » Anónimo (1965, 7 de marzo). *La Nación*, pág. 7.
- » Anónimo (2008a, 19 de octubre). Reparar el tótem de Plaza Canadá. *La Nación: ADN Cultura*. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/reparan-el-totem-de-la-plaza-canada-nid988826/>
- » Anónimo (2008b, 20 de febrero). Rescatan el tótem que un día inspiró a Borges, *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/rescatan-el-totem-que-un-dia-inspiro-a-borges-nid988850/>
- » Anónimo (2012, 7 de julio). Cuatro años después la plaza Canadá vuelve a tener su clásico tótem. *Clarín* https://www.clarin.com/ciudades/despues-canada-vuelve-clasico-totem_o_BkRpQf3DXI.html?srsId=AfmBOodoWCLXW5jcWxjN8C1mIAIzGoZtzOurD5l2_nTpdilqJk-lAj
- » Borges, J. L. y Kodama, M. (1984). *Atlas*. Buenos Aires: Emecé.
- » Magadán, M. (2009). *El tótem de Plaza Canadá, informe*. Buenos Aires: Magadán y Asociados.
- » MOA (s/f). Carpeta titulada «Tótem Canadiense», Archivo de la Dirección de Monumentos y Obras de Arte, GCBA. Buenos Aires.
- » Planells, A. (1992). Jorge Luis Borges y el tótem de Canadá. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 16 (2), 293-306.
- » Schávelzon, D. (2009). *Proyecto de exhibición de los fragmentos del tótem canadiense*. Buenos Aires: Dirección General de Patrimonio. GCBA